

¿UNA RETIRADA GLORIOSA?

El «gaullismo sin De Gaulle» sería el gran triunfo del General

Algunos rumores, algunas especulaciones en los círculos políticos de París y las capitales occidentales, sostienen como posible que el General De Gaulle se retire antes de que termine el año. Su retirada no tendría el carácter de amarga derrota que hubiese revestido la que imaginó el 29 de mayo, sino, por el contrario, sería la coronación heroica de su carrera, tras haber «restaurado el orden y la unidad de Francia», y antes de que una nueva prueba volviera a ponerle en jaque. La especulación se basa en varios términos verosímiles. En primer lugar, el espectacular ascenso de Pompidou, que ha superado la prueba del fuego de la situación revolucionaria, que se ha acreditado como un político profesional de primera clase, puede haber dado a De Gaulle la tranquilidad de que su propia desaparición no dejaría el país desgobernado, y que ahora es posible lo que siempre se consideró un mito: el «gaullismo sin De Gaulle». Para ello sería necesario que las elecciones presidenciales se celebrasen aprovechando esta gran corriente favorable aparecida en las elecciones legislativas. En segundo lugar, la coagulación de la nueva mayoría nacional se ha hecho mediante la unificación de una serie de fuerzas que tienen muchos intereses en común —los intereses conservadores— pero que, al mismo tiempo, aparecen divididas en lo que se considera como política personal del General. Hay militares y políticos civiles que fueron humillados y desbaratados durante la guerra de Argelia; hay grupos capitalistas que le consi-

deran socialmente peligroso. Las fuerzas de derecha que se han puesto en marcha no creen que haya bastado con contrarrestar la revolución de mayo, sino que hay que regresar a la política atlántica y a reanudar los lazos con Occidente —Estados Unidos y Gran Bretaña—, para lo cual sobra el General De Gaulle. El pacto o la serie de pactos que se iniciaron a partir del momento en que los militares se manifestaron dispuestos a intervenir para aplastar la revolución y culminaron en las urnas pondrían, en ese supuesto, como condición una retirada digna, cuando las circunstancias lo permitiesen, del Presidente de la República. En ese sentido, las reservas explícitas de Bidault con respecto a De Gaulle y su negativa a entrar en el pacto de la derecha estarían calculadas para mantenerle en la reserva, sin contaminarse con el régimen, para poderlo utilizar como pieza de recambio en el caso de que De Gaulle no aceptase su sustitución «pacífica» por la persona intermedia, que es Pompidou. Washington y Londres habrían prometido ya un apoyo a la «nueva Francia», siempre en la condición de que su cabeza visible no fuese De Gaulle, de cuyos lentos cambios de frente, tan frecuentes en su biografía, desconfían. De Gaulle cambiaría el gusto del poder por un final sin riesgos de tragedia, más apacible y menos amargo que el de Napoleón, dedicado a escribir los últimos tomos de sus memorias en el retiro de Colombey-les-deux-Églises. Todo esto no son más que especulaciones. Pero sin duda están bien contruidas.

UNA RESURRECCION ESPECTACULAR

Nixon, con los triunfos en la mano



NIXON: ANTES «A LOSER» (UN PERDEDOR)

Los jefes de propaganda de la campaña electoral de Nixon han encontrado una frase del más puro estilo americano para señalar el regreso de su candidato a la vida política: «La resurrección más espectacular después de la de Lázaro». Varias veces se ha dado a Nixon por desaparecido para siempre del teatro político nacional, y ahora tiene en sus manos todos los triunfos para ser el candidato presidencial del partido republicano frente a lo que presentan los demócratas —posiblemente, Humphrey—. Su rival más caracterizado, el multimillonario Nelson Rockefeller, parece en estos momentos fuera de juego. Nixon representa el conservadurismo

más extremo. Nixon es uno de los pocos políticos que se atreven a sostener aún la necesidad de una política de guerra. Los acontecimientos de Francia le han ofrecido un cierto apoyo. Cree que el miedo a un estallido anárquico en el país hará jugar un reflejo de defensa en las clases conservadoras y elegir un hombre fuerte. «Os digo —es una frase de su campaña— que cuando el respeto por América ha caído tan bajo que una nación de cuarta categoría puede raptar uno de sus barcos en aguas libres, es que esta nación necesita un jefe». Cuando un Presidente americano se sienta en una mesa de conferencias frente a los comunistas, su única baza debe ser la fuerza». Para la política interior tiene otra frase: «Aquellos que no son ni jóvenes ni pobres están orgullosos del sistema americano de vida y están dispuestos a sostenerlo». Eso, supone él, deben ser sus electores. Mientras, los demócratas se frotan las manos. Creen que el partido republicano está a punto de cumplir una vez más el destino fatal que pesa sobre él: elegir siempre al candidato que de ninguna forma puede ganar. Nixon es «a loser», un perdedor. Ha perdido más elecciones que nadie en el país. Supone en las elecciones de 1968 lo que Goldwater en las de 1964: un hombre fuera de la realidad, ajeno a las corrientes de la política real. Cree —dicen— que está ofreciendo seguridad a los americanos, y los americanos no ven en él más que la aventura. En medio de un clima de paz exterior y de renovación

P. S. U. MAS VOTOS, NINGUN ESCAÑO

Declaraciones de Michel Rocard, secretario general del P. S. U.

Pierre Mendès-France, Roger Prat e Yves Le Foll, hasta la última disolución de la Asamblea Nacional diputados por el P. S. U., han sido batidos en las últimas elecciones en los distritos de Grenoble, Morlaix y Saint-Brieuc, respectivamente. Ninguno de los tres salientes ha vuelto. Ya no hay ningún diputado P. S. U. en la Asamblea. La noche de la segunda vuelta de las elecciones el secretario general del partido estaba solo en su despacho, entre un teléfono y un transistor. La cosa no era demasiado alegre. En el juego falsado del terror postrevolucionario no era fácil reconocer a los de uno y a los demás, puntualizar, conocer los porqués y los cómo; en resumen, hacer política...

Después de los acontecimientos de mayo, después de las decepciones debidas a las fluctuaciones de la F. G. D. S. y a la actitud del partido comunista, ya no resultaba inverosímil el que el P. S. U. pudiera beneficiarse de una especie de redistribución de los sufragios de la izquierda. Ahora bien...

—Ya no tenemos escaños— observa Michel Rocard, secretario general del partido—, pero tenemos electores: 874.000 votos en la primera vuelta son algo considerable. Ya sé que se había hablado de un millón de votos. Esto hubiera sido posible en el contexto de un empujón de la izquierda. Sin embargo, hemos tenido aumentos considerables en el medio urbano, sobre todo en la región parisina, y en las zonas industriales jóvenes, en las que la izquierda clásica no está tradicionalmente implantada. Hemos recogido aproximadamente la cuarta parte de los votos que el partido comunista ha perdido. Hemos mordido en la Federación, e incluso, según parece, en los «gaullistas de izquierda», asqueados. Todo es confuso en esta votación basada en el miedo. Los equívocos se dispararán más adelante, cuando la realidad política vuelva a manifestarse.

—A veces se dice en la izquierda —sobre todo los estudiantes— que si la «revolución de mayo» ha abortado ha sido por falta de un partido organizado, capaz de precisar sus estructuras y sus objetivos. ¿Desea usted que el P. S. U. intente desempeñar este papel, que «haga doblate» con el P. C. como fuerza revolucionaria?

—¡Cuidado! Es cierto que De Gaulle ha estado a punto de verse obligado a partir. Habríamos podido tener un gobierno de izquierda, aunque fuera como transición a tal o cual forma de socialismo. Ahora la situación ha cambiado: el poder va a reforzarse. Nosotros creemos en un cambio de régimen por vías legales. Los partidos de izquierda y los sindicatos van a

trabajar por ello. Pero la relación de fuerzas de mayo no va a volver a presentarse inmediatamente. La gente ha tenido miedo. Para ellos revolución quiere decir violencia armada. Dicho esto, no faltan perspectivas: entre la «vía legal» y la insurrección están las grandes manifestaciones pacíficas. Ahora bien, la máquina económica capitalista es frágil, como se ha demostrado. Todo puede volver a empezar. Pero se precisará tiempo para cambiar la mentalidad política del país, para hacer penetrar en él la voluntad socialista. Puesto que estamos excluidos del Parlamento continuaremos el combate en otra parte.



MENDÈS FRANCE, NI SIQUIERA GRENOBLE

—¿Y los estudiantes? ¿Cómo explotarán ustedes el capital adquirido en relación a ellos?

—Sí, desde el principio estuvimos con ellos. Pero aquí también hay que ir con cuidado: el movimiento estudiantil corre peligro de quedar aislado. Quizá debamos tomar posiciones que no gusten a los estudiantes. Se trata de llevar a cabo un trabajo político ágil, descentralizado, capaz de alcanzar al más gran número, para hacer triunfar la única consigna a la que apelamos, el socialismo.

La noche del día de la segunda vuelta de las elecciones, Michel Rocard estaba lejos de estar desesperado, pero estaba perplejo. La victoria del neogaullismo no es un hecho realmente político y, en consecuencia, sólido; pero en las nuevas batallas que esperan a la izquierda el P. S. U. no parece haber encontrado aún su lugar exacto.